



G-F 13441

DGCL
A

+ 1567 10
C. 71971920



BOSQUEJO HISTORICO
DEL
PALACIO DE VALSAIN
Y DE LOS
JARDINES DE SAN ILDEFONSO
(LA GRANJA, SEGÓVIA)
POR ANTONIO PRAST Y RODRÍGUEZ DE LLANO
(FOTOGRAFÍAS DEL MISMO)



R. 136527

PROLOGO

HA de serme forzoso, al hacer la historia de los jardines de La Granja, establecer una comparación con los de Versalles en Francia, y, sin embargo, a pesar de su semejanza, he de declarar que las diferencias que entre los dos existen no pueden ser más esenciales.

En la armonía, en lo señorial y distinguido de sus líneas, en su riqueza, en la belleza, en fin, se puede encontrar su parecido; en sus conjuntos, ya es distinto; de la suavidad de las colinas de Satory y la inclinación de los terrenos, hasta los bosques de Rocquencourt, donde André Le Notre explanó y desarrolló todos los proyectos de su vasto ingenio, a las laderas vertiginosas del coloso del Guadarrama, del Peñalara salvaje, ornado de sus nieves eternas, existe un mundo; sin embargo, ¿quién duda que aquellos jardines, dibujados por el jardinero del Rey y rey de los jardineros, fueron el patrón de nuestra Granja?; pero él aquí tal vez no hubiera podido desarrollar lo que Cousin llamaba mágica de las perspectivas infinitas, que son las que le hicieron llegar a poder estar al lado de Poussin y Claude.

Es extraordinariamente raro que no se conserven planos o dibujos de Le Notre, y sólo por los grabados de Rigaud, de Silvestre y Perelle se conocen sus obras maestras. En la actualidad, Versalles dista mucho de tener la magnificencia del tiempo de su creación.

Es muy corriente llamar a La Granja el Versalles español, como a Postdam el Versalles alemán y a Quelur el Versalles portugués; Le Notre mismo fué el autor de los jardines de Vaux-le-Vicomte, donde surgió su fama; de los de Saint Cloud, como de los del Palacio de Clagny, edificado en 1664 por madame de Montespan con los dibujos de Mansart, y que con tanto entusiasmo elogiaba madame de Sevigné cuando escribía a su hija en 1675, y del cual no queda hoy ni un solo vestigio.

En Fontainebleau planeó el inmenso parterre del Tilse, y en Saint Germain la terraza de milla y media de larga, que al desterrado Jaime II recordaba la colina de Richmond.

Después de los trabajos reales, Le Notre proyectó los jardines de Chantilly en 1665, ayudado por su sobrino Desgott y el ingeniero hidráulico de Manse, pudiendo verse sus creaciones en los grabados de Silvestre.

El famoso Théâtre d'Eau, como el jardín de la Maison de Sylve, prueban las exquisiteces de su gran talento y depurado gusto. Después, en Mendon, para el duque de Chartres, y en Inglaterra, por invitación de Carlos II, también realizó algu-

nos proyectos, creyéndose que los jardines del palacio de Greenwich fueron obra suya.

Continuar con este relato sería salirme del fundamento de este boceto narrativo, y sólo a título de información lo he tratado, para sacar en consecuencia que Felipe V, al realizar su vasto pensamiento, no habría dejado de estudiar todas las obras de aquel genio de la jardinería, sin ajustarse estrictamente a Versalles.

Los jardines de La Granja son un museo, que es el encanto de un pasado único en España; su soberbia concepción extasía, sobre todo, en primavera y otoño; la profusión de flores los rejuvenece, y al pisar la alfombra de sus hojas secas después, se va levantando una oleada de recuerdos.

En aquellas alamedas solitarias se adivinan los personajes que las animaron con tramas de gloria, de nobleza, de intriga y de amor.

Los jardines de La Granja tienen un secreto para el vulgo; sin embargo, en la historia mitológica de sus figuras hay un libro abierto al estudioso.

Los mármoles y bronceos siguen en el lugar que Fremin, Thierry y Carlier les colocaron; se han conservado sin detrimento las líneas generales que Bassani, Joli y Lemmi dieron a sus paseos y parterres, y las obras hidráulicas se conservan tan bien como cuando Bautelu las construyó.

Estas flores, estos mármoles y estos bronceos son el encanto del pensamiento y la mirada: es la obra antigua que recuerda a la posteridad los nombres de Felipe V e Isabel de Farnesio.

Pintores y escultores modernos debieran interesarse un poco y estudiar aquellas inspiraciones, aquellos motivos y modelos.

Los poetas debieran conmoverse ante aquella gracia marchita de los parques dormidos y exclamar como Alberto Samain:

O Palais horizon suprême des terrasses!...
Un peu de vos beautés coule dans notre sang... (1)

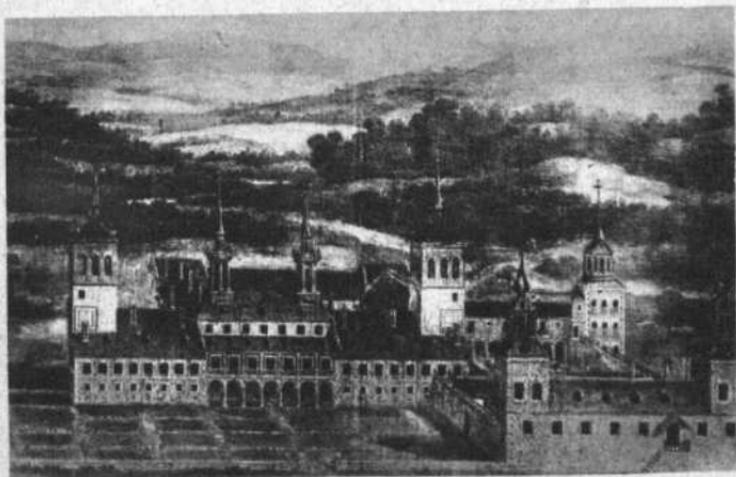
así se debía reflejar el pensamiento de los que dirigen la sensibilidad contemporánea.

A pocos pasos de Madrid, corte de España, agitada y ruidosa, se encuentran las grandes umbrías, los horizontes de arte que abren un refugio de silencio y recogimiento; estos jardines, que una voluntad férrea hizo surgir, son la alegría del espíritu, museo único de una época y placer de los ojos, también imagen elocuente de la Monarquía española, como lo es Versalles de sus Luises.

(1) ¡Oh, Palacio, horizonte supremo de las terrazas!...
Un poco de tus bellezas corre por nuestra sangre...



Bosque de Valsain.



Palacio de Valsain (cuadro antiguo).

EL PALACIO DE VALSAIN

I

Los antiguos dominios de Segovia eran de extensión considerable y extraordinaria riqueza; sus sierras elevadas, montes y pinares inmensos, profundos y anchos valles y valiosísimas dehesas, hacían de aquella tierra uno de los patrimonios más poderosos de las corporaciones españolas; por ello, sin duda, los Trastamaras, Austrias y Borbones fijaron su atención en ella, construyendo albergues o pabellones de caza, palacios y castillos que les sirvieron de lugar de deleite y de reposo.

No es extraño, por tanto, que Felipe V, a semejanza de los demás monarcas castellanos, escogiera también en aquellos parajes el sitio de emplazamiento de su gran proyecto.

Al Paular, El Escorial, Valsaín y el Pardo, que entonces pertenecía a la provincia, se iba a añadir el Palacio de La Granja y sus jardines.

Escritores y poetas ya inmortalizaron en sus obras las divinidades de aquellos deliciosos valles; Jovellanos decía en su epístola de Fabio a Aufrisio:

¡Ay, Aufrisio, qué escenas a mis ojos,
cansados de llorar, presenta el cielo!
Rodeado de frondosos y altos montes
se extiende un valle (1), que de mil delicias
con sabia mano ornó naturaleza.

.....

y así cantaba una a una las hermosuras de esta tierra.

También hicieron escenario de sus musas el Arcipreste de Hita, en sus famosas *Serranillas*, en el siglo xiv, y en el xv el almirante D. Diego Hurtado de Mendoza, padre del Marqués de

(1) Se refiere al del Lozoya.

Santillana, que, imitando el estilo realista del Arcipreste, hizo esta otra *Serranilla*: en la que interrogando

... do venía
o a qué tierras paseaba:
dixole que caminaba
al prior de Rascafría,
a facer donde solía
penitencia en la Solana
por dexar vida mundana,
e'tod pecado mortal.

Sin hablar ya de poetas y literatos modernos, pues desde Fernández Moratín hasta Enrique de Mesa se han hecho multitud de escritos y sentidísimas poesías.

La casa real o albergue del bosque de Valsaín era, en su fundación, modestísima, como lo eran las del Paular y el Pardo, y en ellas no existía primor de arte alguno.

La historia del albergue de caza de Valsaín va unida implícitamente a la historia de los jardines de La Granja, pues en él, cuando ya Felipe II lo había transformado, se dió vida a los proyectos que por iniciativa de Felipe V se iban trasladando a La Granja, donde se estaban construyendo el palacio y los jardines.

Enrique III fué, sin duda, quien construyó el primitivo albergue para reponerse de su doliente salud, al mismo tiempo que desarrollaba su afición venatoria.

Enrique IV, según las distintas referencias históricas que existen del Palacio de La Granja, hallándose en el palacio del bosque de Valsaín hizo construir una casa en la ermita que aún existe dedicada a San Ildefonso, en memoria de haberse librado en aquel sitio del grave riesgo que corrió su vida combatiendo con una fiera, a la que dió muerte.

Aquella casa forma parte del hoy Palacio de La Granja, y fué cedida el año 1477 por los Reyes Católicos a la comunidad de Jerónimos del Parral.

El año 1566, Felipe II, cuidadoso de los Estados de Flandes, ya casi rebelados del todo, fué para mayor reposo y menos distracción a sentar sus reales a Valsaín; pero llevado de su



Retrato de Frémín

genio vehemente y espíritu emprendedor de cosas grandes, amplió el Palacio bajo la dirección del arquitecto Gaspar de Vega, *acotando para su recreación y entretenimiento la caza mayor y menor, aves de volatería y pesca.*



Retrato de Thierry.

No se encuentran documentos escritos que puedan dar luz alguna referente a las obras que Felipe II mandó hacer en Valsain; pero sí ha quedado un documento gráfico, que él solo dice más que todas las historias juntas.

Este documento es el cuadro que se reproduce y que existe en la galería de la Inspección del Palacio Real de Madrid. Dicho cuadro era para los doctos una incógnita, porque se desconocía en España la existencia de algún palacio que tuviera semejanza con él, y, sin embargo, se tenía casi la certeza de que fuese alguno tal vez ya destruído, porque los cuadros que forman el conjunto de la misma galería son también reproducciones de palacios españoles.

En mis constantes indagaciones y estudios de los cuadros que hay repartidos en Palacios, Museos y Ministerios, tuve noticia de la existencia de los de la galería de la Inspección del Real Palacio, y una vez obtenida la correspondiente autorización, pude estudiarlos a mi antojo.

La sola presencia del cuadro mencionado me hizo tener la certeza de tratarse del Palacio de Valsain, por algunos pormenores que yo recordaba de sus galerías y arcadas, pero la magnitud del conjunto me hacía dudar. Me trasladé a La Granja, y desde allí, con la reproducción fotográfica, fuí a Valsain a estudiar las ruinas del derruído Palacio, y no me costó gran trabajo reconstruirlo en mi imaginación, pues quedan elementos más que sobrados para ver y apreciar la verosimilitud del cuadro anónimo, pudiendo hacerse cargo el lector por la fotografía que se reproduce de las ruinas actuales, de algunas de sus fachadas y torres dismanteladas.

A pesar de la escasez de escritos anteriormente mencionada, existen algunos que, si bien es verdad que no han de contribuir grandemente al esclarecimiento de esta historia, son dignos por su interés de que los reproduzcamos.

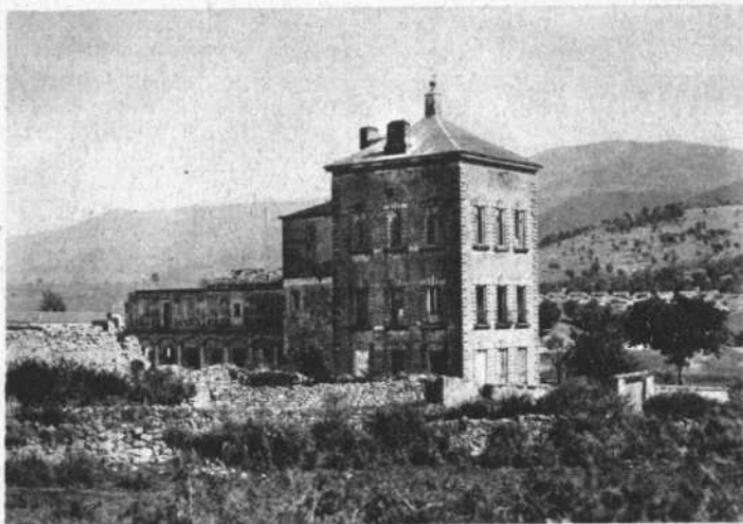
Comprobado por los documentos hallados en el Archivo de Simancas, se puede afirmar categóricamente que el Rey Felipe II aprobó las trazas que dibujó D. Luis de Vega (tío de Gaspar de Vega), que se encargó de la dirección de las obras, instalándose los dos en Valsain, y dándolas comienzo con bastante lentitud, a juzgar por la carta que desde Monzón dirigió el Rey a D. Luis de Vega, Enrique Persons y D. Alonso Hurtado, en la que, entre otras cosas, decía: *Siendo informado que las obras*

del Palacio del bosque de Segovia (Valsain), no se continuan despues que yo parti desa villa, mandé a Juan Vazquez que supiese lo que en ello pasaba, el cual me ha hecho relacion de lo que vos, Luis de Vega, le habeis escrito, que en lo del Bosque de Segovia, Gaspar de Vega y Diego Osorio. teniente de alcalde, han andado hasta agora juntando materiales y que ya tenían recaudo dello. y que les habian enviado de ahí oficiales... de lo que todos habemos holgado; y así os encargamos y mandamos que conforme a lo que está dicho se continuen con gran diligencia las obras, de manera que cuando en buena hora fuesemos ahí, hallaremos hecho mucha parte de ellas, que en ello nos servireis.

Debieron continuar las obras con regularidad hasta que, más tarde, Felipe II, obligado a ir a Inglaterra, se hizo acompañar de Gaspar de Vega, no se sabe si para valerse de él en su profesión o para que estudiase algunas cosas que al Rey le interesaban. Volvió Gaspar de Vega a España, y Felipe II se trasladó a Bruselas, no sin antes haberle dado encargo a su arquitecto de informarle de la marcha de las obras del palacio del bosque de Valsain, encargo que ejecutó con gran rapidez, contestándole el Rey con una carta extensa, puntualizando lo que a cada obra se refería, y diciéndole: *Vos dareis priesa a todo, avisandonos siempre por la misma orden de lo que conviniere y se fuere haciendo.*

Continuó el Rey pidiendo informes, a lo que Gaspar de la Vega contestaba dándole tan minuciosos como abundantes detalles de la marcha de los trabajos, por los que el Rey se orientaba paulatinamente, como si presenciase la construcción, diciéndoles en una de sus cartas: *Avisarnososeis del estado en que oa la galeria que se ha de hacer en el corredor grande de la casa de Valsain, porque sin embargo de lo que a vos y a vuestro tío pareció, quiero se haga como lo llevastes a cargo.*

Cumplió D. Gaspar con exactitud lo ordenado por el Rey, contestándole éste: *Lo que se ha hecho en la casa del Bosque de Segovia, esta bien... En lo de la galeria pues os parece que sin desbaratar lo que está hecho del corredor se podrá hacer, y que cerrado entre columna y columna de piedra berroqueña y ladrillo,*



Restos del Palacio de Valsain.

hará buen ornato, está bien. Pero advertid que quiero que por la parte de adentro de esta galeria quede todo raso, sin que parezca ninguna cosa dela arqueria, y así lo ordenareis, aprovechandoos de los arcos, que quitareis de la parte de adentro para la de afuera; y avisarmeis si la arqueria de los otros corredores se hizo de piedra o de ladrillo, porque sería mucho mejor de piedra, aunque fuese alguna más costa.

Después de esta carta, Gaspar se retarda en informar al Rey, dando lugar a que éste le escriba otra carta quejándose de su silencio; Gaspar de Vega entonces se apresuró a contestarle, haciendo algunas observaciones sobre las obras, a las cuales contestó el Rey diciendo: *Decis que si no fuese por la mucha costa, sería bien cubrir todos los tejados de la casa del Bosque de planchas de plomo, porque a causa de los grandes vientos y nieves que cargan, por mucho cuidado que se tenga de retejar, siempre hay goteras.*



Fuente de la Fama

Demas de la costa hay en esto dos inconvenientes: el uno, que el plomo cargaria mucho la casa, y el otro, que el verano la haria muy calurosa, como se tiene por experiencia de lo de acá. Y hame parecido que será mejor hacer los tejados agros, a la manera de estos estados, y cubrirlos de pizarra, que, como habeis visto, son muy lucidos... Y asi he mandado que se busquen ocho oficiales diestros, dos para sacar la pizarra y cuatro para cortarla, aderezarla y sentarla, y los otros dos para hacer los maderamientos y armarlos; y todos partirán a tiempo que sean ahí a la primavera. Entretanto hareis cortar y desvastar las maderas convenientes para los dichos tejados, y tenerlas a punto; y que con diligencia se busque la pizarra lo más cerca de la casa que ser pudiere; porque en llegando los oficiales no pierdan tiempo; no se hallando más cerca, en Santa Mária de Nieva la ha de haber, que pasando yo por allí la vi.

En otra carta anuncia el Rey el envío de los oficiales exper-

tos para la colocación de la pizarra, acompañados de su criado Miguel de Namur, recomendando que los obreros españoles se aviniesen bien con ellos por ser extranjeros.

Como puede apreciarse por todos estos datos, Felipe II, sin dejar de laborar por el engrandecimiento de España, dedicaba con minuciosidad muchos ratos a la dirección personal de las obras de su reino, pues además de ocuparse de la casa del bosque de Segovia, dirigía al mismo tiempo las obras de los palacios de El Pardo, Aranjuez y Madrid; convento de Uclés, y otras en Toledo, Aceca, Sevilla y la del Alcázar de Segovia.

Como dato curioso transcribo a continuación un fragmento de una de sus cartas, porque demuestra que en todos los tiempos se ha padecido la enfermedad de la poca voluntad al trabajo, necesitándose la constante vigilancia de los obreros, y en algunos casos la amonestación. Dice así: *... porque somos informados que algunos de los oficiales extranjeros que residen y trabajan por nuestro mando en la dicha casa real del bosque... no sirven ni trabajan la mayor parte del tiempo, y de esta causa se deja de hacer muchas veces en nuestras obras lo que al bien de ellas convenia... y no es razón que ganen los jornales de vacío; yo vos mando preveais que se le diputen las horas, que segun comun estilo debieren trabajar, tanto en invierno como en verano, y les mandeis de nuestra parte que asi lo hagan... y no lo cumpliendo asi, les hareis quitar y descontar de sus salarios... lo que fuere justo por los dias o horas que lo dejaren de hacer, sin que en ello haya falta ni dispensacion alguna; y para que no puedan pretender ignorancia, los juntareis todos, y se les notificará en vuestra presencia.*

En estos escritos, rigurosamente auténticos, es donde se aprecia la enorme capacidad mental de aquel Rey que se llamó Felipe II.

Ellos por sí solos desmienten de la manera más rotunda las críticas que con notoria parcial saña le han dedicado los historiadores, censurando su carácter, no concediendo la importancia debida a estos detalles de su vida íntima, que son, en reali-

dad, por los que se deben juzgar sus sentimientos, su espíritu, su valía y su actividad.

Se niega capacidad a los detallistas para sentir y desarrollar ideas grandes, admirándose a los iniciadores de estas últimas, sin tener en cuenta que éstos sin aquéllos son hombres sin vida, máquinas poderosas sin combustible ni energía.

Pocas veces se reúnen en una persona tan distintas condiciones, y, sin embargo, Felipe II las poseía: era la energía inflexible con el fuerte, la bondad y sencillez con los débiles. Sólo así se explica que llegase a ser Rey de tantos pueblos y señor de tantos vasallos para que el Sol no se ocultase nunca de sus dominios.

¡Qué historia más interesante podría escribirse estudiando las consecuencias que se desprenden de su correspondencia! Pero, en fin, no es mi propósito hacer disquisiciones que me aparten del principal objeto de este trabajo.

La construcción del Palacio o, mejor dicho, su reedificación y ampliación, data del año 1566, después de un gran incendio, que volvió a repetirse en 1697 (1), quedando, por lo visto, muy resentido y deteriorado.

Dió a la construcción Felipe II una grandeza inusitada, poniendo en sus cubiertas pizarra azul, primera vez que en España se utilizaba para tal fin. El 12 de Agosto de 1566, fiesta de Santa Clara, dió a luz la Reina Doña Isabel de Valois en la misma Casa Real del Bosque una hija, dando origen este suceso a enconadas discusiones entre el clero sobre quién habría de bautizarla. Hacía valer sus derechos el obispo de Segovia, en cuya diócesis estaba el Palacio, en contra de los deseos del arzobispo de Santiago, D. Gaspar de Zúñiga, que, a su vez, quería hacer valer los suyos, por ser cura de la Real Casa (aunque sin ejercicio); pero el Rey supo zanjar el conflicto, haciendo ir al Nuncio, que, en la misma capilla del Palacio la impuso los nombres de Isabel Clara Eugenia, celebrándose grandes fiestas para solemnizar tan fausto suceso.

(1) Archivo del Palacio Real de Madrid.



El cenador y la Fuente de las Tres Gracias.



Fuente de Diana.

Viudo Felipe II en 1570, decidió celebrar sus esponsales en Valsaín, enviando, a mediados de Octubre, a la Princesa Doña Juana a prevenir los aposentos de la que había de ser su esposa, Doña Ana de Austria; pero, por razones que desconozco, la boda se celebró, con gran pompa, en el Alcázar de Segovia.

Después de estos hechos, figuran en el Archivo del Real Palacio distintos documentos sin interés, entre ellos uno de 1604, en el que se solicita del Rey el envío de 5.000 ducados para el arreglo del pórtico y terrados, porque las aguas de lluvia, según en ellos se decía, se filtraban, estropeando las pinturas de los artesonados y pudriendo sus maderas.

Durante el reinado de Felipe IV, los documentos que existen y tienen alguna relación con Valsaín no ofrecen interés alguno, y lo mismo sucede durante el reinado de Carlos II.

El año 1697, y a 11 de Abril, D. Antonio Morales, como teniente de alcalde del Palacio del Bosque, da cuenta del incendio que ya hemos mencionado, y que casi coincidió con el del Alcázar de Segovia, volviendo a perder el rastro de los hechos históricos de Valsaín hasta 1701, reinando ya Felipe V, en que recibe una comunicación de la Junta de obras y bosques, en la que le decían:

«Deseando esta Junta el mayor agrado de S. M., y considerando que el Real Sitio de Valsaín, por lo que en él abunda la caza mayor, puede merecer más que otro alguno la generosa inclinación de V. R. M., pasa a discurrir en lo que hay que reparar por lo que arruinó el incendio que padeció el Real Palacio, para que, encontrando en él la comodidad que necesite, lo pueda frecuentar las veces que fuesen de su real voluntad y agrado...»

Y con esta reflexión acordó que el conde de Belmonte, corredor de la ciudad de Segovia, se trasladase a Valsaín, asistido de persona inteligente, y reconociera los reparos que necesitara el Real Palacio.

Debían haber sido exagerados los juicios de la Junta al advertir la reforma que necesitaba, pues el conde de Belmonte, una vez hecha la visita que le ordenó el Rey, escribió diciendo:

«Cumpliendo lo que V. M. me ha ordenado, pasé a Valsain con personal que me instruyese, y, reconociendo todo el Palacio, hallé que no es la ruina tal como juzgara ni como tiene entendido la Junta. No es necesario levantarlo de nueva planta, pues no sólo se deja ver toda la de su primera formación, sino que el Palacio está, mirado desde fuera, como estaba, sin que sea necesario llegar a ninguna de sus paredes exteriores, y, por dentro, tiene sólo la ruina que necesita de reparos, no de reedificación, menos que sean algunas paredes que habrán de alzarse de nuevo para división de la vivienda que tenía, o de la que pareciese más conveniente y bien dispuesto; para que pueda hacerse una comprensión más absoluta y fácil, diré, por más, que, habiéndose encendido el fuego en lo alto del Palacio, ardieron todos los techos y capiteles, quedando generalmente descubierto y arruinadas las viviendas, destruída una galería que mira a los jardines, desmontadas todas las columnas de que se compone el segundo cuerpo del patio principal, que todas pueden volver a levantarse, con sólo nueve o diez que se hagan de nuevo, para las que faltan, como toda la cornisa que las corona.

La ruina total de la torre, que llaman nueva, que es de las tres altas, todas iguales y hermosas, y se eximió todo lo accesorio al otro Palacio, como las caballerizas, etc., que están conforme estaban.»

Y así continúa detallando su carta, que, con la fotografía del Palacio a la vista, nos da la visión perfecta de la exactitud del cuadro. En un párrafo aparte dice que es un dolor que, durante diez y nueve años que transcurrieron desde el incendio, hayan estado desmantelados todos los techos, y, según esta cuenta, pues el documento es de 1701, el incendio a que hace referencia fué el año 1680, del cual no existe documento alguno.

Felipe V esperaba que la Junta de obras y bosques resolviera y el Estado autorizara el gasto del importe a que las obras ascendían; pero el tiempo pasaba y la demora se le iba haciendo al Rey insoportable, hasta tal punto, que el año 1717, diez y seis años después, ordenaba, en carta fechada en 3 de Marzo,

que se reedificase el Palacio por su cuenta y *sin intervención de la Junta de obras y bosques* (1).

Como puede advertirse por los datos anteriores, la adversi-



Estatua de América.

dad ha acompañado siempre al Palacio de Valsaín, puesto que cada vez que algún Monarca se decidió a repararlo o reedificarlo un incendio se encargaba de destruirlo al poco tiempo, siendo aprovechado el siniestro para que se arrancaran los trozos decorativos que quedaban para utilizarlos en otras obras, hechos comprobados por las cartas que se conservan, en las que consta que en 25 de Febrero de 1804 se entregaran al conde de Montarco basas, columnas y capiteles del derruido Palacio, y en 16 de Diciembre de 1828 el conserje del Real Palacio de La Granja pide los balcones del de Valsaín, porque, como dice, son necesarios para obras de ampliación del Palacio (1).

Estos datos vienen a confirmar que, después de

(1) Archivo del Palacio Real.

mientras duraron las obras de La Granja, otro incendio volvió a destruirlo de nuevo.

Hoy sólo quedan ruinas, entre las que se levanta una torre desfigurada por el tejado, de una traza tosca, y unas galerías mal cubiertas, que sirven de reliquias de aquella mansión regia que tantos hechos históricos presenció.

En concreto es imposible darse cuenta de la importancia que el año 1720 tuviera Valsaln, al encontrarse repleto de toda clase de artistas, pues eran un número considerable los que se reunían, entre canteros, cerrajeros, fundidores y escultores, número que sería posible reconstruir mirando las listas de jornales que se conservan; pero cuyos datos no contribuirían nada al esclarecimiento de nuestra historia.

El pueblo, todo él, recuerda en sus construcciones restos de los añejos del Palacio, y sus fuentes diseminadas, paseos y alamedas, ya cubiertas por verdes praderas, zarzas y retoños de roble, pueden servir para reconstruir en la imaginación lo que fueron en tiempos bien cuidados parterres y planteles de olorosas flores, donde



Un jarrón de los jardines.

buscarían el placer del silencio y la soledad aquellos reyes y príncipes.

Los bosques que le rodean, ya muy devastados, serían antes de gran fronda y espesura, donde los ciervos y jabalíes huirían acosados por las jaurías de los palaciegos; en ellos se daban las célebres batidas de *teta cerrada*, las que tan en boga estaban, y se celebraban en Mayo en los cotos reales de Aranjuez, Valsaín, La Fresneda, El Pardo y la Casa de Campo. A pesar de todo, es hoy Valsaín un rincón de verdadera belleza por su espléndido paisaje, tanto en invierno como en verano.

En invierno se destaca sobre las siluetas características de Siete Picos y La Mujer Muerta, cubiertas de nieve blancura, y en verano, de un azul intenso y transparente, con ráfagas de oro de los campos de mieses y grandes manchas de rojizas amapolas.

En aquel Palacio y sus anejos vivió una legión de artistas extranjeros, que dejaron muestra de su ingenio y habilidad en sus trabajos y, con ellos, el recuerdo de un Rey que tuvo la voluntad y la energía de abrir nuevos derroteros en el arte español, dando a los artistas un nuevo campo en que desarrollar sus inventivas.

Respecto al nombre de Valsaín y su etimología, poco se puede decir, tomando por base lo ya escrito por otros historiadores, y el hacer un estudio sobre ello, haría salir de sus límites este modesto estudio.

Ambrosio de Morales dice en su obra, al determinar los límites de Segovia: «Todos, en conformidad, señalan cuatro ángulos, que, sin duda, corresponden a los cuatro puntos celestes: Oriente, Poniente, Septentrión y Mediodía, que, si se señalaran en la división según buena regla topográfica histórica, nos dieran mucha luz en tantas tinieblas y diferencias de nombres; causadas, sin duda, de la ignorancia o descuido de los escritores.

El punto y término oriental es Val de Amelo, que la bula nombra Valathome, el Rey D. Alonso el Sabio pone puerto y venta de Valathome junto a la Fuenfría, tres leguas distante al Oriente

de nuestra ciudad, en un privilegio que dió a las ventas de estos puertos el año 1273, y acaso se nombre Valde Amelo el que hoy Val Sabin, por la abundancia de sabinas, árbol que en arábigo se nombra *Abbel*.

Fagoaga dice: «Los romanos le llamaban Vallis Sabinorum; los arábes, Valle de Abbel y, después de su expulsión, Valle de Amelo; posteriormente Valsabin, y hoy, corrompido, Valsaín», y Martín Sedeño, entre otras cosas, dice: «y finalmente de la palabra francesa Val sain, valle sano, cuyo nombre dicen debió dársele en tiempo de Felipe V, puesto que las reales cédulas que antes se expidieron en aquél, sólo se fechaban *de nuestro Palacio del Bosque*». Es chocante que Sedeño llegara a transcribir semejante dato, pues ya en los documentos que se conservan en Simancas en 1565, reinando Felipe II, figura la palabra Valsabin.

Hoy, y sin saber por qué causa, muchos autores escriben Balsaín y no Valsaín.



Paseo de las Esfinges.

LOS JARDINES DE SAN ILDEFONSO

(LA GRANJA)

II

FELIPE V quiso tener, como sus abuelos, un espléndido parque, decorado con suntuosidad, y, al realizarlo, buscaba el pretexto de tener una ocupación que le sirviera de lenitivo a las grandes preocupaciones que la paz de Utrech, con sus numerosos incidentes, le había ocasionado.

Intentó rodearse del ambiente por el que sentía nostalgia, y en los montes carpetanos, muy cerca de Valsaín, y a los pies de Peñalara, donde, en curso desigual y frenético, acuden las aguas cristalinas que nacen de los ventisqueros, se hicieron los primeros trazados.

Entre los macizos de pinares y robledales, en donde Enri-



Una eslinge.

que IV, en 1450, hizo construir la ermita que en otro capítulo hemos mencionado, dedicada a San Ildefonso, los monjes Jerónimos del Parral de Segovia añadieron una granja para su recreo, de donde proviene el nombre actual de Real Sitio, cuyo lugar fué el destinado por Felipe V para desarrollar su proyecto, otorgándose la escritura de venta en 1720 por la renta anual de 1.000 ducados y 100 fanegas de sal, que recibiría la Comunidad de Jerónimos de las salinas de Imón.

La Junta noble de linajes cedió 201 fanegas de tierra montuosa en 80.400 reales, coste a que ascendió por el aprovechamiento de 55.482 pinos y arbustos (1) de que tuvo necesidad para sus obras.

Dice D. Carlos de Lecea (2) que, a medida que fué creciendo en importancia y magnificencia el Real Sitio, hubo de compren-

(1) *Descripción del Real Sitio de San Ildefonso*, por D. Santos Martín.

(2) *La Comunidad y tierras de Segovia*.

der el hijo del Delfín de Francia lo reducida que aún quedaba su posesión, y, bien fuese porque él realmente así lo quisiera o porque la adulación cortesana atisba siempre con mirada penetrante los deseos de los reyes, es lo cierto que no tardaron en presentarse ante la audiencia del juez de baldíos dos denuncias comprensivas de todas las propiedades del bosque de Segovia (montes, matas y pinares).

Con esta base se dió principio a los desmontes de aquel terreno quebrado, arrancando los cepellones del arbolado para empezar la nivelación, que costó grandes dispendios.

Empezáronse a levantar la traza de la Colegiata y los jardines, según Martín Sedeño, con arreglo a los planos de Esteban Marchand y Fernando Méndez; pero éstos sólo intervinieron posteriormente, como más adelante diremos.

El proyecto de conjunto fué de Ardemans, que lo ajustó al trazado que la granja de los Jerónimos le imponía, pues era voluntad del Rey conservarla y utilizarla como anejo del Palacio.

Es preciso establecer la diferencia que existe entre la ermita que Enrique IV hizo construir y la granja de los Jerónimos, porque la primera se encuentra dentro del recinto de los jardines y la segunda es la que forma parte de la arquitectura del Palacio.

Teodoro Ardemans nació en Madrid el año 1664, de padre alemán, soldado de la noble guardia de Corps, en la que también sirvió él. Felipe V le nombró maestro mayor del Alcázar de Madrid y demás Casas Reales en 30 de Mayo de 1702, por muerte de D. José del Olmo y con sueldo de 400 ducados, muriendo el 15 de Febrero de 1726.

Ardemans trazó la mayor parte del Palacio y jardines, la Colegiata y retablo mayor de San Ildefonso; pero, en el transcurso de la obra, por la influencia de los artistas extranjeros que fueron a Valsaín a ejecutar las esculturas, el Rey consideró prudente reformar los proyectos de su arquitecto, y, sobre todo la fachada principal, que da frente a la gran cascada, fué objeto de muchas modificaciones, en las que intervinieron con sus dibujos Esteban Marchand y Fernando Méndez; pero más espe-

cialmente Fremin y Thierry, esculpiendo el escudo de armas que corona el edificio, las figuras de las cuatro estaciones y los medallones que entre ellas están colocados, que representan los retratos de Felipe V e Isabel de Farnesio con traje romano.

Los artistas españoles no hubieran podido realizar el pensamiento del Rey Felipe, porque estaban acostumbrados a la escultura religiosa y no sentían la escultura profana, trayendo por eso artistas de su país de origen, proporcionándoles el escenario donde poder lucir sus inspiraciones mitológicas.

Entonces cedió su preponderancia la escultura religiosa, perdiéndose aquella austeridad que se conservó hasta fines del siglo xvii por las alegrías galantes de la Corte.

Los escultores que trabajaron en La Granja no siguieron las enseñanzas neoclásicas que habían recibido, ni se decidieron tampoco a ejecutar reflejos fieles de los tipos de su tiempo; compusieron figuras bellas escuetamente, aprovechando las ennoblecidas cualidades de los personajes mitológicos que representaban, porque, como decía Fatigati, no encontraban los necesarios rudimentos en los coetáneos, expresando en sus labras los ideales eruditos que las narraciones y lecturas les habían hecho formar.

Renato Carlier fué el designado como jefe y maestro de aquella legión de artistas, llamados Renato Fremin, Juan Thierry, Humberto Demandre, Pedro Pitué, Santiago Bousseau, Gousac, Dubon, Lebasseau y Lagrú, que en Valsain dieron vida a las figuras que en sus pedestales decoran los paseos y plazoletas de los jardines. Es indudable que algunas de las estatuas adolecen de falta de distinción, son algo toscas y desdibujadas; pero en conjunto no se las puede juzgar como lo han hecho algunos críticos, llamándolas productos industriales, pues, especialmente las que se atribuyen a Carlier, Fremin y Thierry, son obras maestras dignas de detenido estudio.

Poco tiempo duró la dirección de Carlier, porque murió en 1722, o sea un año después de haber comenzado las obras, siendo sustituido, según Sedeño, por D. Esteban Boutelu; pero ello es un lamentable error, pues éste sólo fué jefe de los fontaneros.



Escalera de la Fuente de la Jerva.



Fuente de Andrómeda.

Quien substituyó a Carlier fué Fremin, autor de meritísimas obras en Nôtre-Dame, en el Louvre y en los Inválidos, de París; trabajó siempre en íntimo compañerismo con Thierry en Valsain hasta el año 1729, que acompañó al Rey hasta la raya de Portugal a celebrar el matrimonio de Fernando VI, y después a Sevilla, donde estuvo hasta el año 1735, volviendo de nuevo a La Granja, donde se hizo cargo de los trabajos, que durante su ausencia tuvo Thierry bajo su dirección. El año 1744 pidió licencia de nuevo y marchó a París, falleciendo rico y lleno de honores a los setenta y un años.

Para ocupar su puesto vino Jacobo Bousseau, académico en París y autor también de importantes obras, quedándose de director, pues Thierry también marchó a Francia.

Bousseau fué terminando las estatuas que Fremin y Thierry dejaron proyectadas; pero no pudo terminar con la obra que había preparada de la fuente de Diana, por su repentino fallecimiento en Valsain.

Pedro Pitué quedó entonces de director, tardando dos años en terminar dicha fuente, que fué la que dió fin a los jardines, y después de terminar las obras de La Granja quedó al servicio de la Reina Isabel de Farnesio hasta el año 1761, en que falleció; a su muerte, Dumandre trabajó lo indecible por ocupar el puesto de Pitué; pero tenía pocas simpatías, porque era sabido que hacía obras particulares gastando los materiales y jornales de la Reina (1). El candidato en contra era Bertrand, que oponía como méritos el llevar veintitrés años desempeñando el puesto de ayudante y haber sido el predilecto de Fremin y Thierry, llevando entonces él el peso de la dirección y trabajo en la reparación de las figuras y fuentes de los jardines.

Venció en la lucha Humberto Demandre, y fué el agraciado con la dirección de los jardines; pero Bertrand no quedó desairado, porque se le nombró director de la Academia de San Fernando, a la que ya pertenecía por sus méritos, muriendo el año 1772.

(1) Archivo de Palacio.—Carta del Marqués de Galiano.

Demandre, cuando vino a España llamado por Felipe V, era muy joven, y llegó a ser uno de los académicos más ilustres, falleciendo en Madrid el año 1781, a los ochenta años de edad.

Antes que él ya había fallecido también su hermano Antonio, que trabajó bajo la dirección de Fremin y Thierry hasta que fué enviado a Madrid para intervenir en las obras del Palacio Real que se estaba edificando, y fué también director de la Academia de San Fernando.

Los Demandre se casaron todos en España, y su descendencia de artistas continuó recibiendo los favores reales, aun cuando con empleos de poca importancia, pues sus aptitudes no merecían otra cosa. Joaquín Demandre fué hijo de Antonio, y estuvo ocupado en la conservación de los jardines; también Humberto tuvo otro hijo llamado Joaquín, que desempeñó el puesto de su padre, y después Juan y Telesforo, el primero, que falleció muy joven, y el segundo, que quedó de restaurador de las figuras de los jardines en 1871.

A los artistas que hemos mencionado añadiremos para completar esta historia los nombres de Encobert, Mercié, Leoni, Henault, Detouches, Cusac y Degras, que intervinieron en las obras de esculturas y fuentes, a más de otros que iremos nombrando que intervinieron también como fundidores, herreros, fontaneros y jardineros, no como obreros, sino como artistas, jefes o directores.

La primitiva idea de Felipe V fué la de prescindir en absoluto de las plantaciones que existían y hacer los trazados sin miramiento alguno, y este criterio se siguió en la mitad de los jardines, que corresponde a las llamadas ocho calles, de diez metros de anchura, con paseos laterales de tres y medio; pero posteriormente, en la otra mitad se respetó mucho de lo existente, y por ello se ven los olmos seculares, que son, sin duda, de época muy anterior a los jardines. La superficie total ocupada por las calles y plazoletas, en cuyo centro están las fuentes, es de 18 hectáreas, y la longitud de la plantación lineal alcanza la cifra considerable de 34.470 metros, siendo el fillo y el castaño de Indias lo que más abunda.



Fuente del Abanico



Neptuno. (Del grupo denominado «Carreras de Caballos».)

Aparte de jardines propiamente dichos, existen las llamadas partidas reservadas, que carecen de mérito: se denominan El Plantel, El Colmenar, El Vivero, La Faisanera, El Laberinto y La Partida de la Reina. El Laberinto fué en su fundación uno de los sitios de mayor atractivo, adonde se llevaba, generalmente, a los invitados de confianza para proporcionarles momentos de alegre expansión; su autor fué Miguel Chavarría. También es curiosa la escalera de gasón, por donde bajaban los reyes al juego de mayo; fué ideada por Rafael de Lucas; pero es posterior a la creación de los jardines, porque fué trazada en 1793, siendo el autor jardinero mayor.

No ha sido el Palacio de La Granja ajeno a las sátiras y críticas de su estilo: Ardemans era incluido en la lista de los que continuaban, con sus creaciones, la racha de los abortos arquitectónicos, como alguno los ha juzgado; la época del barroco, sujeta a la moda, como la de todos los estilos, fué calumniada sin motivos, más que nada porque la crítica no hacía distinciones; hoy serenamente contemplando detalles de la fachada y, en general, sus líneas de conjunto, no se puede regatear al discípulo de Claudio Coello el mérito de sus trazas; sin embargo, podemos leer uno de los muchos juicios críticos que de él se hicieron: Eugenio Llaguno, en su valiosa obra *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura de España*, dice del Palacio de La Granja: «... prescindiendo de su incómoda situación, no merece elogio alguno; y aun sería extraño que le mereciera, porque Ardemans tuvo la mala suerte de alcanzar aquel tiempo, infelicísimo para la arquitectura, en que andaban desterrados de ella lo natural, lo grande y lo bello.»

Indudablemente, el barroco dió lugar a creaciones de mal gusto, abigarramientos decorativos sin orden ni concierto; pero también se ejecutaron proyectos de gusto delicado, de líneas esbeltas: el patio de la antigua iglesia de Santo Tomás, en Madrid, fué un modelo de acierto, y el Palacio de La Granja, no solamente no entra entre los modelos de mal gusto, sino que en su sencillez puede encontrarse su distinción.

No queremos dejar de hacer notar la labor meritoria del discí-

pulo de Ardemans, D. Francisco Ortega, porque era el que le ayudaba a ejecutar las trazas, interpretando fielmente sus iniciativas, por causa de que su maestro, padeciendo un terrible ataque de gota, se veía imposibilitado de dibujar, muriendo antes de terminar los proyectos del retablo de San Ildefonso, que él terminó con el agrado del Rey, concediéndole la plaza de Ayudante trazador de las obras reales, en 11 de Febrero de 1729, por muerte del célebre Churriguera. Y para terminar, diremos que D. Francisco Esteban, arquitecto y alarife de Madrid, que trabajó durante doce años en la restauración del Palacio de Valsaín, fué el que dió principio y fin en la tira de cuerdas del Palacio de San Ildefonso, dirigiendo su construcción a las órdenes de Ardemans, que, ante su suficiencia y habilidad, le nombró aparejador interino.

Esto es, en líneas generales, lo que puede decirse de los pormenores históricos, pues en el detalle de los jardines podría detenerme ampliamente, pero no es ese mi propósito ahora; quizá algún día no lejano me anime a publicar otro trabajo sobre las esculturas, jarrones y fuentes de los jardines, como asimismo la explicación mitológica de sus figuras, aparte de un estudio histórico del interior del Palacio y de sus detalles arquitectónicos.

Las fuentes de los jardines son veintiséis, y sus nombres de La Fama, Baños de Diana, Ocho Calles, Las Tazas, Los Dragones, El Canastillo, Andrómeda, Apolo, Neptuno, El Abanico, Los Caracoles, Anfítrite, Las Tres Gracias, Los Vientos y La Gerva se justifican con sus conjuntos simbólicos, donde se representa a los personajes que los artistas concibieron.

La Cascada Nueva está compuesta por las Tres Gracias y Anfítrite, y La Carrera de Caballos, por las de Andrómeda, Cascada Vieja, Dragones, Media Luna, Apolo, Mascarón, Neptuno, Abanico y Caracoles, alcanzando su máximo efecto estas agrupaciones cuando sus aguas corren combinadas.

El caudal de agua que gastarían las fuentes, corriendo todas a un tiempo, sería de 657.048 litros por minuto, teniendo capacidad los depósitos para que pudieran funcionar por espacio de tres horas y media.

El Olimpo griego encuentra entre aquellas tupidas sombras las figuras y mitológicas representaciones de las fuentes que entre el bullicioso ruido de sus cascadas están colocadas; en aquel vasto recinto de verde lozania se encuentran las dríadas y silvanos, ninfas y semidioses, ocultando entre sus misteriosas enramadas sus bellas formas y actitudes gallardas.

En días señalados, el acopio de agua se desborda por las fuentes y cascadas: en raudales violentos brota de sus caños, formando surtidores que tocan el cielo, y cuya agua, al caer, tomando mágicas formas, compone el conjunto soñado por los artífices; entonces, aquellas figuras inmóviles parece que tienen alma y que de sus pechos nacen los sonidos que el estruendo de las aguas causa al deshacerse en catarata; el agua, pulverizada en el ambiente, forma una neblina que desdibuja aquellas creaciones, dándoles un matiz misterioso al destacarse sobre la fronda oscura, y el Sol, al herir las imperceptibles partículas de agua, contribuye al éxito de la fiesta, iluminando con el iris la atmósfera.

Entre aquellas espesuras hay un lugar para cada hora; en aquellos bellos parterres y lindas plazoletas matizadas de flores se disfruta de los apacibles momentos del crepúsculo, y entre la frondosa vegetación, con el susurro de las aguas y el murmullo de los árboles, se distraen las ardorosas siestas de agosto; todos aquellos encantos nos hacen repetir con Delille:

Là ne sont point ces eaux dont les sources factices,
Se ferment tout à coup, par leur morne repos,
Attristent le bocage et trompent les échos.
Sans cesse resonnant dans ces jardins superbes,
D'Intarissables eaux, en colonnes, en gerbes,
S'élançant, fendent l'air de leurs rapides fets,
Et des mots paternels égalent les sommets.
Lieu superbe où Philippe, avec magnificence,
Défait son aïeul, et retraçait la France.

El año 1725, después de haber sido consagrada la Real Colegiata, y terminadas las obras de decoración más perentorias en el Palacio, el Rey Felipe V se trasladó con toda su familia a

La Granja, en donde pasó el verano, ultimando los detalles de la fuente de Diana.

Este año se celebra, por tanto, el segundo centenario de aquella jornada Regia, en la que se inauguraba la vida en aquellos parajes encantadores.

Desde entonces todos los monarcas han continuado aquella costumbre, renovando y entreteniéndose tanta obra de arte y ejecutando otras nuevas, hasta hoy, en que nuestros augustos monarcas, que también invirtieron grandes caudales en aumentar y decorar sus habitaciones particulares, han visto recientemente destruido por un gran incendio casi la mitad del Palacio.

Dios quiera que el Estado reedifique prontamente aquellas ruinas, para que no se repita en la Historia el caso del Palacio de Valsaín y Felipe V.

7

I

S.A. 1925